

LA MALTRECHA

ECONOMIA CANARIA

Intento describir en apretada síntesis un breve bosquejo del desenvolvimiento económico de Gran Canaria sin el auxilio -evidentemente claro y demostrativo, de cifras estadísticas comparativas, sirviéndome solamente de mi memoria porque, en primer término, no estoy versado en estadística ya que no soy profesionalmente un economista y, en segundo lugar, porque no me importa confesar que después de tantos años de trabajo en oficinas comerciales, las cifras y columnas estadísticas me resultan enojosas en su manejo. Estas líneas constituyen sólo unas impresiones, coordinadas y memorizadas, vividas por un gran canario desde que contaba diez o doce años de edad.

Tenía aproximadamente dicha edad cuando mi padre fue empleado por su amigo don Eufemiano Fuentes, el fundador de la conocidísima fábrica de tabacos, en una sucursal que estaba ubicada en la calle Albareda frente a los almacenes de Fyffes, lugar que hasta ahora se conoce por el Refugio. El puerto en aquel tiempo era una magnífica atalaya de observación y estudio, a simple vista, de la vitalidad de la isla en sus aspectos económicos.

Por aquel tiempo el Puerto tenía ya una intensa actividad marítima. Buques de todas las banderas, desde muchas procedencias y con múltiples rumbos, fondeaban diariamente en la bahía y bocaina del puerto, pues entonces sólo contábamos con el primitivo Muelle Grande y el muelle de Santa Catalina como línea de atraque. Capacidad insuficiente para las operaciones de carboneo y las faenas de carga y descarga de mercancías, en una gran parte realizadas por buques de tránsito.

Unos pocos años antes, debido a la guerra de la Gran Bretaña con los boers, los transportes militares ingleses con tropas y pertrechos, produjeron unos considerables ingresos. Los camulloneros entonces, ahora llamados los poquísimos que quedan vendedores marítimos, llevaban en sus pequeños botes a los barcos fondeados o atracados, frutas, tabacos y diversos géneros de consumo, entre ellos mantelerías bordadas, etc. Fueron momentos de esplendor que atrajeron a muchos habitantes de otros lugares de la isla (principalmente a la gente de Agaete que poblaron el Refugio enseguida) y también a familias procedentes de las otras islas. Familias de Lanzarote, principalmente, y de las islas menores, agrupadas en pequeñas casas y chozas de piedra con techumbre de madera y barro y construidas por ellos mismos. El dinero corría y las monedas extranjeras de plata y oro brillaban en las manos de los vendedores marítimos. En aquel despacho de tabacos, perfumes, bordados, etc, (casi un bazar) se cambiaron muchas monedas extranjeras de oro

y bastantes españolas y americanas. Algunos años más tarde aquellos montoncitos de reluciente oro dejaron de ser vistos por la gente. Pasaron a la historia; pero yo no he podido olvidarlos como algo que prestara cierta belleza al materialísimo ajeteo de cobrar y pagar. Otra fuente de pingues beneficios la originaba las compras que efectuaban los camulloneros a las tripulaciones de los barcos, de café, azúcares y cacao provenientes de América; asimismo pinturas, barnices, mermeladas y cabucería. Estas mercancías desembarcadas por las playas de la bahía, desde el sitio del mercado hasta el pequeño espigón que se encontraba en el lugar denominado "Sanapur" se vendían en tierra a más bajo precio del mercado en los establecimientos comerciales.

Muchas familias vivían de estas modestas fuentes de ingresos. El Puerto era a la sazón un barrio bullicioso y pleno de vida, cuyo crecimiento día a día era ostensible. Pero es curioso: salvo las andanzas de alguno que otro matoncillo de barrio, el comportamiento de la gente era bueno, a pesar de ser ya un puerto de mar internacional; apenas se registraban sucesos. Lo grave habría de venir años más tarde con las drogas y con esos malhechores que siguen al turismo como las ratas a las unidades militares en guerra.

Sin embargo, los salarios y sueldos eran bajos; pero el coste de la vida era barato. La verdad es que pocos, muy pocos, podían ahorrar. Muchos pensaban que las cosas continuarían igual o superándose. Y, en cierto modo, no carecían de razón. Todavía se exportaba la cochinilla a buen precio. La exportación de plátanos se incrementaba y los precios alcanzados producían una rentabilidad inaudita por aquellos días: más de cinco mil pesetas por fanegada. El cultivo y exportación de tomates monopolizaba los mercados de Europa, primordialmente los mercados ingleses y alemanes, desde Septiembre hasta Mayo. Las divisas entraban a raudales. Pero estalla el conflicto europeo de 1914. El movimiento del Puerto se paraliza casi totalmente. Entran sólo los barcos españoles de paso para las Américas y algún esporádico buque extranjero de tarde en tarde. Toda la economía se viene abajo. La isla sufre momentos muy penosos. Vive de sus reservas; se produce un paro impresionante. Los plátanos se regalan en muchas fincas a los campesinos pobres. En la población se adquieren casi sin precios. El gofio fabricado con grandes importaciones de la Argentina, las patatas a muy bajo precio y los plátanos evitan una expansión masiva del hambre. Hay que considerar que la densidad demográfica entonces era en la isla menos de la mitad de la actual y la emigración hacia América fue una estimable ayuda.

Terminada la guerra europea en 1918, las Islas

rehacen rápidamente su maltrecha economía; esta surge con más vitalidad.

Ya entonces el capítulo de la cochinilla había desaparecido. Pero la exportación de plátanos, y las exportaciones temporales de patatas conocen un auge esplendoroso. Muchos observadores tuvimos el temor de que los altos precios alcanzados estimularan la competencia. No se observó la necesaria preocupación en cuanto al mejor cuidado y presentación de los frutos. La empresa sueca en que yo trabajaba fue pionera en la introducción de nuestros tomates a Suecia por vía directa e igualmente de las bananas, negocio controlado totalmente en aquellos días por la United Fruit. Una importante partida embarcada, empaquetada en los días de un fuerte viento del levante bajo techos de zinc, tremendamente recalentados por el calor, asó la fruta que rindió su viaje a Suecia inservible totalmente. Esta peripecia, nacida de una falta de ética comercial, dió al traste con todos los proyectos de la empresa sueca. Las plantaciones de tomates se verificaron sin tener en cuenta la capacidad de consumo de los países receptores. Los productos líquidos se insertaban en números rojos expresivos de saldos deudores. En vez de una exportación de tomates en la realidad era una exportación de capitales. Considerándolo así, el Gobierno en la República creó por decreto la intervención de la Dirección General de Agricultura, fundándose la primera "Comisión de Exportación," cuya presidencia recayó en don Galo Carrera, ingeniero agrícola, perteneciente a la oficina Agronómica de Las Palmas. Los efectos saludables se observaron inmediatamente. Hoy las funciones controladoras de la primitiva Comisión mencionada la realiza el Sindicato de Frutos y Productos Hortícolas, con la cooperación respecto al plátano de la CREP. Diremos de paso que, tanto la guerra civil española como la última Guerra europea, no deterioran gran cosa la economía de la isla por razones bien conocidas y las cuales serían espaciosos e innecesario narrar. Pero sí destaca el hecho de que los aliados mantuvieron el dominio de los mares no obstante la terrible perturbación de los submarinos permitiéndonos las exportaciones e importaciones en un grado estimable. Ahora bien, comienzan a desarrollarse hechos y factores nuevos en el tráfico comercial del mundo que han imposibilitado la total y deseada eficacia de los organismos interventores. Mencionaremos los más importantes y decisivos.

a) Mejor acondicionamiento y rapidez de los transportes marítimos que acercaban los países productores a Europa. Incluso la participación (aunque en pequeña escala) de los aviones de carga.

b) El Levante español se convierte en corto plazo en un competidor imponente. Se limitan nuestros embarques en cantidades y tiempo.

c) Pérdida casi total de los mercados europeos para nuestros plátanos.

d) Problema de las aguas para la agricultura por el crecimiento demográfico explosivo que repercute en el costo de manera cardinal. Los pozos se agotan.

Los buenos tiempos comienzan a desplomarse cuando aparece el "boom turístico" con aires salvadores, cargados de esperanzas e ilusiones. El turismo inicia un nuevo capítulo de ingresos y fuente de divisas. Se trabaja a todo gas en las construcciones de hoteles, apartamentos, etc. Se invierten los ahorros y se acude a los préstamos. Los

Firmas en AGUAYRO



**Mario
Pons
Cabral**

promotores no descansan. Ante este fenómeno yo expresé mis dudas y temores a varios amigos en relación con el futuro. Dije si no habría mucho de quimera en lo que estaba sucediendo con la fiebre turística. Mi punto de vista consistía en que si bien era causa de gran movimiento crematístico, no era un capítulo de estimable rentabilidad. Francia, Italia y otras naciones son países que gozan de una agricultura de bastante importancia; además de ser naciones con industrias bien desarrolladas y evolucionadas, con interesantísima carga histórica y artística, para las cuales el Turismo era una partida más de ingresos. Nuestra isla en cambio carece de energética en absoluto, no tenemos ni materias primas en cifras estimables ni variedad de cultivos para la alimentación de tanta gente, naturales y foráneos, que la puebla ahora. Teníamos que importarlo casi todo; desde las carnes a los frutos, hecha excepción de las bananas y los tomates. Un amigo competente me contestó que mi alegato era lógico; pero el colapso tardaría, por lo menos, diez años. Pues bien, no han trascurrido sino tres o cuatro años de nuestro diálogo, cuando el colapso nos muestra ya su faz encendida.

Aunque las cifras no acusan una sensible baja, la oferta es muy superior a la demanda. Hay que tener en cuenta, además, que Lanzarote y Fuerteventura desean, con igual derecho que Gran Canaria y Tenerife, tomar parte en el desarrollo turístico. Lo que empeorará el problema cada temporada porque para las agencias promotoras el área que se ofrece es la del archipiélago canario, secundariamente, la distribución a elegir por parte del vacacionista.

El precio de los productos de consumo aumentan (el agua es un apartado de los gastos cuantioso en Las Palmas) mientras los precios de las estancias permanecen congelados. Nuestro turismo siempre ha sido pobre y puede resultar peligroso elevar el precio. Se observa, de otra parte, que por causa de la crisis mundial el vacacionista viene cada vez con menos dinero.

LA MALTRECHA ECONOMIA CANARIA

Nuestro turismo, en consecuencia, ya no es rentable. Tenemos sol; mucho sol. Pero el sol no es facturable. Un amigo indio, a este propósito, decía, quejándose del actual momento de su negocio, que nuestros turistas "eran turistas lagartos".

Desconozco el beneficio que obtienen en el presente los buenos hoteles; pero en lo que concierne a los apartamentos el beneficio no alcanza en la mayoría de los casos al cinco por ciento. Un tipo inferior al que suelen abonar las Entidades de Créditos en depósitos a plazos fijos. Ello, no obstante, no podemos abandonar el renglón del turismo. Están comprometidos grandes intereses. No se avisora de inmediato otro que pueda substituir su movimiento, ni su maniobrabilidad mercantil.

Que nuestra economía se halla en una evidente situación de crisis creciente es de toda evidencia. Para las autoridades locales y para el Gobierno de la nación es materia preocupante estudiar sus posibles remedios y soluciones de urgencia. Las amas de casa y las familias empiezan a sufrir la situación en grado sumo. Aumenta el paro y es triste la realidad de tantos jóvenes que después de muchos costosos estudios y sacrificios, no encuentran empleo. En problema tan grave la preocupación y la ayuda deben ser prestadas, por sentimiento vital imperativo, de una manera general, en tanto no aparezcan factores nuevos de reparación. Las gentes de la calle piensan que pueden ser soluciones cooperantes:

1º Frenar la creación de nuevos espacios hoteleros.

2º Trabajar denodadamente para aumentar la demanda.

3º Montaje de estaciones desalinadoras a lo largo de las costas para surtir de agua al consumo de las poblaciones costeras asequibles; dejando así casi toda el agua de las escasas lluvias para nuestra pecaria Agricultura.

4º Detener el crecimiento demográfico en cuanto sea factible. Y sobre todo control de la natalidad, concorde con la tremenda problemática mundial y que para nuestra isla -en proyección de futuro- pudiera conducir a una situación catastrófica. Toda vez que ya ni siquiera cabe acariciar la idea de la emigración, como fuera solución en otros tiempos de crisis.

Las presentes líneas responden al deseo y deber ciudadano, como han hecho otras antes, de alertar a la conciencia general grancanaria. Por mi parte, creo que con la buena voluntad de todos lograremos superar la situación; pero se hace imprescindible renunciar antes que todo al quietismo conformista y abúlico.

Hario J. J. J.
abn



El viajero que llegue al aeropuerto de Gran Canaria y luego se dirija a Las Palmas a través de la carretera del Sur recibirá, en general, una impresión poco atractiva, desangelada y hasta hosca, de nuestra capital. Sólo cuando se adentre en la amplitud y perspectivas de la Avenida Marítima del Norte su juicio podrá comenzar a modificarse. Pero, de todos modos, es posible que no sea el exacto ni el más favorable al abandonar de nuevo la isla. Porque la primera impresión influye mucho a la hora de, obligadamente, formarse una opinión sobre una ciudad -como sobre cualquier cosa-, especialmente en una visita rápida.

Esta opinión no vendrá determinada sólo y exclusivamente por el abandono de que ha sido objeto dicha carretera -en cuyos márgenes no da sombra un sólo árbol-, ni por la aridez del paisaje de esa parte de la isla, sino también porque en muchos de sus aspectos la ciudad no ofrece una imagen amable. Las Palmas nunca ha sido una ciudad arbolada, ni de campos de césped; hace un siglo, nuestros antecesores plantaban laureles de indias en la Plaza -hoy calle- de San Bernardo y también aspiraban a hermoear con verdura las secas laderas situadas entonces en las afueras del casco urbano. Pero por aquellos tiempos Las Palmas era una ciudad amable, más acogedora y hasta un poco pintoresca. La ciudad se hallaba rodeada de fincas cultivadas que proporcionaban una sensación más agradable que el aprisionante cemento; más allá, las doradas dunas de nuestro istmo caían sobre el mar, dibujándose en el fondo volcánico de la Isleta; en el casco urbano, algunas de las seis históricas plazas podían servir al solaz de los vecinos; los patios de las antiguas casas de Triana y Vegueta, llenos de plantas y de flores daban el tono de un más asentado sentido del vivir, mientras que la gente más modesta se hacía en suazotea un pequeño jardín de plantas; en las colinas circundantes, a pesar de las miserables casuchas, las perspectivas marinas, y de la más lejana cumbre daban unos ánimos naturales a los económicamente menos afortunados.